

buen estudio de la historia de la Iglesia en Santo Domingo.

C. J. Alejos

Alberto LEE-LÓPEZ, *Clero indígena en Santafé de Bogotá. Siglo XVI*, CELAM («V Centenario», 5), Bogotá 1986, 151 pp., 13 x 19.

Alberto LEE LÓPEZ, *El Colegio Seminario de san Luis de Tolosa. Cuarto Centenario del Seminario Conciliar de Bogotá*, CELAM («V Centenario», 7), Bogotá 1987, 98 pp., 13 x 19

El Padre Lee López nos presenta en estos dos cuadernos dos aspectos de un mismo tema: el clero secular en Colombia en el siglo XVI. El primero es un estudio somero de las primeras ordenaciones sacerdotales realizadas en Nueva Granada por los dos primeros arzobispos de esos territorios: Fr. Juan de los Barrios (1531-1569) y Fr. Luis Zapata de Cárdenas (1573-1590). Tanto uno como otro tienen el mérito de haber potenciado el clero indígena, a pesar de las dificultades que suponía y que, de hecho, se dieron. Este libro contiene, además, una relación de los 129 sacerdotes ordenados en el siglo XVI en Colombia: cuatro (un criollo, un mestizo y dos españoles) siendo arzobispo Fr. Juan de los Barrios; dos (un criollo y un español) en período de Sede Vacante; 123 (entre ellos 22 criollos, 20 mestizos y 16 naturales de Nueva Granada) durante el Arzobispado de Fr. Luis Zapata. El apéndice recoge un informe de este Obispo a Felipe II con fecha 26 de marzo de 1583, en que se hace una relación del estado de su archidiócesis: número de sacerdotes y lugares donde ejercen su ministerio, conventos y capellanías.

El segundo de los libros se detie-

ne a estudiar un aspecto concreto de la labor de formación del clero en Colombia: la fundación del seminario de San Luis de Tolosa. El Concilio de Trento ordenó, mediante el decreto «Cum adolescentium aetas», la creación de colegios destinados a la preparación de futuros sacerdotes: son los llamados Seminarios Conciliares. El de San Luis de Tolosa es el primero que se creó en América en cumplimiento de dicho decreto, a fines de 1581 o principios de 1582, a instancias del obispo de Santa Fe de Bogotá: el franciscano Fr. Luis Zapata de Cárdenas. Se describen los antecedentes y fundación de dicho seminario, su organización y clausura en 1586, debido a la carencia de recursos económicos, la falta de colaboración del Cabildo catedral y de la sociedad santafereña, y la misma indisciplina de los alumnos. Más tarde, al restaurarlo, quedó en manos de los jesuitas y, tras su expulsión, en 1767, volvió al clero diocesano. El libro se completa con un apéndice en el que se recogen documentos sobre el mencionado seminario encontrados en el Archivo General de Indias (Sevilla).

C. J. Alejos

Demetrio RAMOS, *El mito de El Dorado*, Ed. Istmo, Madrid 1988, 752 pp., 15 x 21.

La presente obra constituye el sexto volumen de la colección «Mundus Novus», que la editorial Istmo publica con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América. Se trata de una reedición actualizada de la obra publicada en 1973, en Caracas, bajo el título: *Génesis y mito de El Dorado*. Se han añadido, como apéndices documentales, diversas «relaciones» respecto a El Dorado.

El autor es un americanista de prestigio, catedrático y Director del Departamento de Historia de América de la Universidad de Valladolid, y Académico de la Real de Historia de Madrid. Se puede decir que desde el comienzo de su carrera científica el tema de El Dorado ha sido una constante, hasta desembocar en esta obra que es ya lugar común para los investigadores.

Como se sabe, después de la conquista del Perú por Pizarro, fue el mito de El Dorado lo que motivó durante una buena parte del siglo XVI, la marcha de muchos de los conquistadores en la zona del Ecuador. Así se expresa el autor: «El Dorado, una vieja idea ya muerta, que renace y se convierte en catalizador de unas ilusiones nuevas, para revertir sobre el espacio en el que la idea primigenia —muy distinta entonces— se habría agotado en la esterilidad» (p. 3). Y añade a continuación: «De la creencia en una falta de sentido valorativo de los nativos se salta, pues, a la idea de unos ignotos reyes salomónicos que habrían atesorado inmensas cantidades de oro —convertidas en vasijas, figuras o instrumentos— sobre los cuales basaban su concepto de fuerza y poder. Y esos reyes, desde este momento, se convertían también en celosos mantenedores de su secreto, para hurtar sus tesoros de la posesión de quienes llegaban a sus tierras» (p. 9).

El mito de El Dorado se forja de la imaginación de los conquistadores que alimentados por las antiguas fábulas buscan en las respuestas de los indígenas a sus preguntas la confirmación de las mismas. Se centra el mito en dos puntos: las aguas de la laguna en donde los indios han ocultado sus tesoros, y la búsqueda de las fuentes de donde salieron esos tesoros con el fin de reconstruirlos. No hemos de olvidar que la ruta de las especias rebrota con los descubrimientos del Estrecho de Magalla-

nes y con el hallazgo del Pacífico por Núñez de Balboa, y si no es por el mito de El Dorado podría haberse abandonado la continentalización. Pero el auge de El Dorado coincidirá con el fracaso de la expedición de las Molucas, y por lo largo y difícil del viaje por el estrecho de Magallanes se buscará otro paso hacia el Oriente; pero mientras, la fuerza de los mitos les impelerá a la búsqueda de los tesoros de América: el Nuevo México (Perú), el Mito de El Dorado (Colombia, Ecuador, Brasil, Venezuela), y las ciudades prodigiosas de Florida y California.

La localización del «Mito de El Dorado» viene de la creencia de que los metales eran como las plantas, con tronco y ramas. Cuanto más cerca del Ecuador, el oro, y cuanto más lejos, la plata. Los elementos sobre los que se forja el mito son una supuesta laguna en la que se decía que el cacique «Dorado» arrojaba las joyas a su amada y se bañaba cubierto de polvo de oro adherido al cuerpo por «trementina». Cuál sería esa laguna y de dónde sacaban el oro y las piedras preciosas para ese ofrecimiento a sus dioses, eran los objetivos de las expediciones que se ponen en marcha, y que en pocos años habrán explorado ese vasto y difícil territorio.

El autor va a examinar todas las relaciones de los cronistas apoyando en ellas las diversas interpretaciones y buscando con los documentos del Archivo de Indias fijar las diversas expediciones, fechas, rutas, causas de los abandonos, luchas y esperanzas. A nuestro parecer el capítulo XI es el más interesante de la obra. Su título es muy sugestivo: «La formalización del mito de El Dorado: los factores en presencia y las fases de su concreción y deslocalización». El autor examina las ideas de la literatura antigua que pesan en los conquistadores, cómo en las respuestas de los in-

dios se confirma la idea y cómo la marcha de las expediciones más que desvanecer el Mito lo que hacen es deslocalizarlo.

Así concluye el autor: «El Dorado no es el fruto de la argucia de los indios para llevar a los españoles de un lugar a otro, ni tampoco era consecuencia de una credulidad incomprensible. El Dorado no existía en ninguna parte, pues era fruto de la concreción de las ideas clásicas sobre indicios de posibilidad, que el conquistador acumuló, por el paso de unas a otras huestes, sobre un supuesto racional: el de la necesidad de que existieran unas minas riquísimas en el lugar donde las condiciones naturales fueran óptimas» (p. 462).

Se trata, en definitiva, de una obra monumental y de necesaria consulta para el conocimiento de la exploración de toda la zona. Su lectura, por lo prolijo de los datos y exhaustiva investigación, puede hacerse difícil, aunque sin perder interés en ningún momento.

J. C. Martín de la Hoz

Bartolomé BENASSAR, *La América española y la América portuguesa, siglos XVI-XVIII*, Ed. Akal, Madrid 1987, 280 pp., 11 x 27.

Benassar, conocido hispanista, es autor de numerosas obras, entre las que destacan: *La España del siglo de Oro* (Barcelona 1983), *La Inquisición española: poder político y control social* (Barcelona 1981) y *Los españoles. Actitud y mentalidad* (Barcelona 1976). En esta obra que ahora presenta la Ed. Akal, busca hacer un apretado resumen de la historia de América durante la dominación española y portuguesa. El enfoque de esta obra, como suele ser

habitual en él, es de carácter sociológico. Así, buscará desentrañar la organización política dada desde la «metrópoli» a los territorios conquistados y, por tanto, también las instituciones administrativas puestas en marcha. Los principales datos que manejará el autor son el desarrollo económico, la producción agraria y minera. De esos datos analiza los conflictos primero con los indígenas, después entre los conquistadores y la «metrópoli», hasta desembocar en la emancipación y origen de las diversas naciones.

La obra resulta excesivamente ambiciosa para el espacio que se ha programado; eso exige al autor hacer una síntesis demasiado apretada de la cuestión, que requeriría muchas matizaciones. La aportación sobre Portugal resulta muy pobre. Al carecer de bibliografía no se palia esta deficiencia.

Al llegar al capítulo sexto, denominado «iniciativa misionera», el tratamiento es claramente insuficiente. No queda correctamente expuesto, a nuestro modo de ver, el fondo misional y cristianizador de la presencia española en América. El autor no ha tenido en cuenta la profunda renovación espiritual de las grandes órdenes religiosas en la España del final del siglo XV que desembocará en la rápida difusión de la fe en América; así como la aplicación del Concilio de Trento en América con las docenas de Sínodos Provinciales celebrados, y finalmente el interés real que todos los monarcas españoles, desde la Reina Isabel, pusieron en la evangelización de los territorios «donados» por el Papa Alejandro VI en las conocidas Bulas «Inter Coetera». Hay pocas referencias explícitas a los «cronistas de América»; eso explica las pocas referencias al interés evangelizador de los conquistadores.

Parece excesivo el realce que el autor concede a las confrontaciones